

COLABORACION DE LA VANGUARDIA

LAS LENGUAS DE MAÑANA (y 7)

LA UTOPIA COMO EXCUSA

NADA hay más humano que la afición a imaginar «utopías». En todas las épocas y en todos los lugares, el hombre se ha sentido descontento de la sociedad en que le tocó o le toca vivir, y es lógico que haya soñado cambiarla. No digo «corregirla»: las rectificaciones de mejora, acertadas o no, suelen producirse en el plano de los hechos, inducidos por los hechos. El «cambio» radical, por lo contrario, nunca pasa de ser un «sueño». Surge y se queda sobre el papel, con su mayor o menor belleza de desiderátum maximalista. Ya se sabe que no existe manera razonable e inmediata de realizarlo. Pero lo que importa es la ilusión misma del proyecto, enfocado como «remedio» absoluto de todos los males que nos afligen. Y uno de estos males sería la dispersión lingüística; le empedernida Babel en que estamos insertos. La esperanza de una «lengua universal» forma parte de las cavilaciones utópicas.

Nadie pondrá en tela de juicio la dignidad del propósito. Dos personas que hablan lenguas distintas, no se entienden; conviene que se entiendan, y para ello hay que proporcionarles una lengua común. Este es el fondo de la cuestión. Los intentos de resolverla han pasado por altibajos y peripecias bastante curiosos, hasta llegar al del doctor Zamenhof, tan conocido, pero que sin duda no es el último, ni tampoco ha ganado muchas posiciones... La tentativa, en la medida que pueda llevarse a cabo, no parece factible con las solas fuerzas de un «voluntarismo» más o menos empecinado... Sin embargo, la solución, si la solución es, quizá venga por otros vericuetos. ¿No predijo Stalin el advenimiento de un idioma «único» para todo el mundo, correlativo a la victoria total y final, irrevocable, del programa socialista? No conozco las especulaciones filológicas del difunto líder de la Unión Soviética, e ignoro, por tanto, cómo habrá de consumarse esa superación de la maraña babélica, ni a base de qué dialecto —el ruso, el chino, el mismo inglés— podría establecerse. ¿Lo decidirán las armas, la economía, la preeminencia demográfica? Y una cierta cuota nos aconsejaría tener en cuenta otros supuestos: el de un indefinidamente «provisional» aguante del capitalismo, pongamos por caso, allá donde el capitalismo consigue convertirse y afirmarse en neocapitalismo. ¿Será la de la OTAN «lengua única», en la Europa occidental y ex cristiana?

Las «utopías» están dejando de serlo. El profesor Marcuse nos lo recuerda en el bonito título de uno de sus libros. Mucho antes que él, y

desde ángulos ideológicos diferentes, ya se nos había excitado a tomar en consideración esa inminencia. Las «utopías» están a punto de realizarse. Nuestra sociedad contiene elementos suficientes para realizarlas. O en sigilar: para realizarla. Marcuse nos reprocha que la estamos aplazando. Aldous Huxley, en «Un mundo feliz», trató —ya hace tiempo de ello— de incordiarlos acerca del error que sería embarcarnos en la «utopía». Pero, tanto Huxley como Marcuse, arrancan de una premisa clara: la «utopía» está a la vuelta de la esquina. El «mundo feliz» —dicho sea con sarcasmo o sin sarcasmo— es una eventualidad más que previsible. En determinados aspectos, por lo menos. ¿En el de la lengua?

Hace años que lei la novela de Huxley —y en traducción—, y no estoy muy seguro de no deformar ahora su intención. Mi memoria es poco precisa. Pero juraría que Huxley previó, en su sátira de la «utopía» previsible, el problema del idioma. Aquel personaje anacrónico, escapado de una «reservación» preomnitécnica, que comparece en medio de los alfas y los betas, y mete en él una pavorosa cizaña de «humanidad», habla de «otro modo». No habla en el inglés pasteurizado de los adoradores de Ford; nutridos con «soma» y con magnetófonos. Su lengua es, precisamente, el inglés de Shakespeare. El empaque y la complejidad de su parloteo resultan ininteligibles para la población «utópica». El «buen salvaje» de Huxley habla —piensa, siente, calcula— como un espectador de «Hamlet» o de «Romeo y Julieta», cuando a su alrededor las palabras ya no son más que consignas, muletillas y teoremas. Y así le luce el pelo, al pobre. Acaba colgándose de un árbol: ahorcado.

¿Que Huxley hacía trampa? Naturalmente que sí. Huxley era un reaccionario de tomo y lomo. Pero su insinuación —maliciosa— no debe ser desdeñada. El «mundo feliz» que él pintaba venía deducido de serias sabidurías científicas: su novela es una novela de anticipación que, hoy día, a treinta o cuarenta años de distancia, se ve certificada —cumplida— en no pocos aspectos. El del idioma, aún remoto, difícil en su «cumplimiento», tiene notorias posibilidades ser una vicisitud ineludible: un algo fatal. Y sin que sea necesario que las nuevas generaciones sean manufacturadas «in vitro» o se las alimente con drogas planificadas. Basta con que los recursos de la técnica aceleren su eficacia y rindan todo lo que prometen, para que la situación sea aproximadamente

paralela a lo que el pesimista Huxley describía en su relato. Tal es el panorama. Y las noveluchas de ciencia-ficción lo refrendan.

Mientras tanto... Consignémoslo. Mientras tanto, la gente habla como puede, y a veces, como «debe». El mapa de nuestro doloroso planeta está lleno de puntos negros: de conflictos lingüísticos. Son incidentes de muy diversa entidad y de muy distinta rabia. Pero todos coinciden en el aire y en el delito de una «reivindicación». Y peor, si no se llega a eso... Los casos europeamente obvios son de todos conocidos, y alguno, como el de los flamencos de Bélgica, estalla en episodios de violencia envidiable. Pero también se podría aducir el aliento de los francófonos del Canadá. En las zonas de descolonización improvisada, el problema no es menos agrio. Lo es, y mucho, en algunas regiones de la India, donde el vecindario se echa a la calle y se enfrenta con el riesgo de la cachiporra y el calabozo por amor de un vernáculo quizá sin alfabeto. En África, el inglés y el francés de los metropolitanos expulsados prolonga la sombra de los imperios, aunque no las tienen todas consigo. En Hispanoamérica, siglos después de Pizarro y de Cortés, todavía vivaquean las hablas indígenas, sin que les falte un temerario adalid en la defensa y en la escritura. Lo que ocurre en Asia, e incluso en lo que antes se llamaba Euroasia, es menos claro, por escasez de datos. No acabaríamos nunca en el recuento. Y no me olvido del retroceso del español en Filipinas o en Puerto Rico. Y donde digo digo, no digo digo, que digo Diego...

El contraste es aparatoso. De una parte, tenemos las grandes lenguas: asfixiantes y asfixiadas, mastodontes avitaminósicos, con el «mundo feliz» como premio, si ganan la partida. Y de otra parte, las lenguas súbditas, arrinconadas, liliptienses o folklóricas, de una capacidad de resistencia variable. Estas últimas, momentáneamente, parecen más «vivas», pese a su «condena de muerte»: más jocundas, más libres, más efusivas. Carecen de televisor, por decirlo de algún modo. En boca de los payeses, de los ancianos y de los miserables, adquieren un punto —deslumbrante— de elasticidad y de matiz acreedor de las mayores deferencias. Pero el espejismo no engaña a nadie. Las lenguas de mañana serán lenguas de «un mundo feliz».

Esta es la conclusión: tétrica, aunque nada temeraria...

Joan FUSTER

ADVERTENCIA

A LOS AFICIONADOS A LA COSMOLOGIA

QUIERO empezar con un buen consejo a mis lectores: si no están ustedes dispuestos a no asustarse por nada, hacer tabla rasa de todas sus más íntimas convicciones en el terreno de la lógica y hasta en el llamado sentido común, en una palabra, a no partir de ninguna premisa de ningún orden, por bien sentada que parezca, no estudien ustedes cosmología moderna y, sobre todo, la que se nos está sirviendo en esta última década. Si no quieren seguir mi consejo, allá ustedes: o rebosantes de indignación pueden caer en un frenesí muy poco recomendable, o puede, incluso, llegar a peligrar su salud mental. Claro está que, en el primer caso, podrán arremeter contra los cosmólogos modernos y decirles que son ellos los que han caído en plena demencia, pero —debo advertírselo también— no les harán a ustedes el menor caso y les mirarán compasivamente.

La verdad es que uno casi envidia a los antiguos, a los que se les servían aquellas cómodas cosmologías, un poco infantilones, hay que reconocerlo, pero al alcance de todo el mundo; aquellos sistemas geocéntricos, por ejemplo, en que Grecia era el centro del Cosmos, aquella armonía dan-tesca de las esferas, o aquella concepción india de que todo el universo conocido no era más que una infima gotita de linfa de la rodilla de un enorme gigante. Como ustedes son gente moderada, me dirán que ni tanto ni tan poco, que es imposible que la mentalidad de un hombre moderno se contente con estos relatos mitológicos, a pesar del profundo sentido simbólico que, de una manera más o menos velada, escondan algunos de ellos y que los grandes avances conseguidos por la ciencia en la edad moderna a la fuerza tienen que cristalizar en una visión científica del Universo, del Cosmos.

Pues bien: sí, pero no, como decía aquél. Porque si queremos armonizar las conquistas de la ciencia en un ambicioso plan cosmológico que satisfaga las exigencias de la mentalidad actual, nos tropezamos con lo contrario de aquello con que se enfrentaban los antiguos: no un modelo cómodo y fácilmente accesible, tallado a la medida de las cosas que están a nuestro alcance, regido por la lógica corriente con que argumentamos sobre nuestras acciones, sino con algo que repele a nuestros hábitos mentales, nuestra manera de pensar y de argumentar.

¿Es éste un raro fenómeno que deba pasarnos? A mi manera de ver, no. No es más que una consecuencia (esta vez sí, lógica) de la evolución de la ciencia y la filosofía, en estos últimos tiempos, de la casi inversión de papeles que ha ocurrido entre las dos. He insistido muchas veces sobre el tema y he intentado hacer ver cómo la ciencia, al extender sus dominios hacia lo ingenuamente considerado como infinitamente grande e infinitamente pequeño, había invadido los terrenos de la filosofía trascendente, o mejor dicho, pues esto es casi una redundancia, de la metafísica. Y si tenemos esto en consideración, se desvanecerá nuestra sorpresa, pues en metafísica sí que necesariamente tenemos que dar cabida a toda complejidad y sobre todo —condición esencial—, si no queremos caer en un antropomorfismo, aceptar que la realidad rebasa nuestra capacidad mental.

En una palabra: los cosmólogos modernos están haciendo filosofía, mientras la filosofía se da cuenta de que no le queda otro remedio que convertirse en ciencia. Y si me dicen ustedes que algunos principios se conservarán inmutables, que una cosa siempre será igual a sí misma, o que dos por dos siempre serán cuatro, hasta estas últimas ilusiones tendré que quitarles: para caminar en busca de lo trascendente, hay que partir sin ningún bagaje. Y de aquí viene el consejo que daba al principio a mis lectores: el que sea incapaz de hacerlo, que no emprenda el camino. En cambio, una cosa he de decir a fuer de justo, y es que, modernamente, ha habido también filósofos que han emprendido la ruta en estas condiciones, aunque bien es verdad que la mayoría de ellos lo han hecho impulsados por los resultados de la ciencia, con la que sabían estar en contacto. No creo que en España tengamos mejor ejemplo de ello que nuestro Eugenio d'Ors —tan admirado por mí, precisamente por esto— que tuvo la, para su tiempo, enorme osadía de sustituir el principio de contradicción por el de figuración y el de causalidad por el de función exigida.

Bien querría yo ponerles algún ejemplo de estas desconcertantes cosmologías modernas, pero sería, en primer lugar, imperdonable petulancia mía el creer haberlas llegado a comprender todas y, en todo caso, su exposición, aunque fuese breve, requeriría de mucho más espacio del que es prudencial dedicarles aquí, y también, necesariamente, del empleo de tecnicismos, principalmente matemáticos, que dejarían estas líneas tan sólo al alcance de los especialistas.

Lo único que me parece cabe dentro de mis pobres alcances y de los márgenes de estas crónicas, es reseñar los hechos —puramente científicos— en que estas cosmologías se basan. En las interpretaciones tendré que ser, sin embargo, mucho más cauto, pues entramos aquí ya en este terreno, al que aludía antes, que transformamos nuestros hábitos mentales, de manera que en la mayor parte de los casos habrá de limitarme a darles el hecho en bruto y dejar que ustedes se las compongan con él. Y quizás insinuar —insinuar, tan sólo— como se las están componiendo algunos cosmólogos modernos.

Entre estos hechos, básicos, fundamentales, a mi manera de ver hay tres. Son: la anisotropía espacial, es decir, el principio de no paridad, que nos revoluciona todas nuestras nociones sobre el espacio, el de la inversión del sentido del tiempo, que nos hace ver a éste en un aspecto completamente nuevo y la ley de la simetría de cargas, que plantea el concepto de la antimateria.

Y como no quedaría espacio ya para meternos en tan intrincadas cuestiones, les diré ahora tan sólo que al intentar hablar de estas cosas no querré echar el agua a mi molino y hablarles de nuevo en filosofía de mi «acronotología», ni en cosmología de mi «teoría del universo, cáscara de huevo». Son estos puntos de vista míos, en los que cada vez me reaffirmo más, al extremo de creerlos tan tautológicos que la cosmología moderna los acepta, sin más, tácitamente, pero intenta ir más, muchísimo más lejos.

Hasta otro día, pues, y pidan a Dios que sea uno en que no tenga dolor de cabeza y, sobre todo, no lo contagie a mis pacientes lectores.

Miguel MASRIERA



BUTANO, S. A.

Hace saber a sus clientes que al objeto de evitar retrasos en el suministro a los mismos, con motivo del gran número de altas concedidas en lo que va de mes, y contando para ello con las autorizaciones precisas, HOY DOMINGO, DIA 14, SE REALIZARA REPARTO DOMICILIARIO DE GAS.

Lo que nos complacemos en hacer público para conocimiento general.

peiro, s. a.

RUEGA A SUS CLIENTES Y PROVEEDORES SE SIRVAN TOMAR NOTA DEL NUEVO NUMERO TELEFONICO QUE LES HA SIDO ASIGNADO

207 - 47 - 50 (3 líneas)

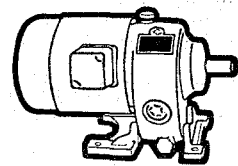
Se recompensará a quien dé noticias de coche Seat 1.430 azul marino

matrícula B-710.811. R.: T. 215-44-80 y núm. 239-63-38

PEDRO ROVIRA

COSTURA

A partir del día 15, liquidación de los modelos de la temporada a precios sensacionales RAMBLA DEL PRAT, 7, entlo. Tel. 227-15-33



Reductores de velocidad

Venta en Establecimientos del ramo



Fabricados por: PUJOL MUNTALÁ, S. A. (MANRESA)